



Hojas de reflexión

Lo que me parece central para el sacerdote de hoy.

(de J. RATZINGER, *La Iglesia*, San Pablo 1992, 76-78)

Hemos visto que el sacerdocio neotestamentario iniciado con los apóstoles está estructurado de modo enteramente cristológico, ya que significa la inserción del hombre en la misión de Cristo. Por tanto, lo esencial y fundamental para el ministerio sacerdotal es un profundo lazo personal con Cristo. De esto depende y a esto debe conducir el meollo de toda preparación al sacerdocio y de cualquier ulterior formación en él. El sacerdote debe ser un hombre que conoce a Jesús íntimamente, que lo ha encontrado y ha aprendido a amarlo. Por eso debe ser sobre todo un hombre de oración un hombre verdaderamente *religioso*. Sin una robusta base espiritual no puede resistir mucho tiempo en su ministerio. De Cristo debe aprender también que lo que cuenta en su vida no es la autorrealización ni el éxito. Por el contrario, debe aprender que su fin no es el de construirse una existencia interesante o una vida cómoda, ni crearse una comunidad de admiradores, sino que se trata justamente de obrar a favor del otro. Al principio esto choca con el centro natural de gravedad de nuestra existencia; pero con el tiempo resulta evidente que esta pérdida de relevancia del propio yo es el factor verdaderamente liberador.

- Es una experiencia invasora, posesiva de Jesús, *mi Señor* por quien son agarrados, alcanzados, reducidos, ganados..., que produce en los discípulos una transformación vital profunda, una nueva criatura y como una persona nueva nacida de esta experiencia; *vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20).

- Este estar con Jesús es esencial para los Doce, para captar la identidad de Jesús y los secretos del Reino (Mc, 10-11).

- Esta adhesión habrá de estar caracterizada por una triple radicalidad: En primer lugar ha de ser una opción indivisible. La exclusividad del Dios del AT se nos revela y actúa en Jesús, por quien la vida sacerdotal es entera de Él. En segundo lugar, ningún sector de la vida del presbítero puede eximirse de este seguimiento. Y, en tercer lugar, la radicalidad de su entrega y de su solidaridad ha de ser adoptada como la vivió Jesús.

- Es un estar con Jesús sometido a prueba. Cuando acompañar a Jesús significa –como debe significar- entrar con Él en la oscuridad del Gólgota y compartir con él los momentos más densos de su proyecto de vida, que es hacer la voluntad del Padre.

- Es la experiencia pascual: *cuando resucite iré delante de vosotros a Galilea* (Mc 14, 28). Invitación del Señor y del amigo a una nueva forma de *estar con el Resucitado*, invisible, redescubierto, comprendido de forma nueva por la fe.

- *Estar con Jesús es personificarlo* de modo continuo en nuestra historia, anunciando el mismo mensaje, distribuyendo y sirviendo la misma salvación, la suya, la única, corriendo la suerte de ser aceptados o rechazados con Él: quien os escucha a vosotros, a mí me escucha; quien os rechaza a vosotros a mí me rechaza (Lc 10, 16). [...]

Así no anunciaremos ya lo que nuestra inteligencia razonó, o los que otros nos contaron, sino que *lo que hemos visto y oído, contemplado y palpado*, eso es lo que os anunciamos (1Jn 1, 3) porque *hemos estado con Él* (Lc 4, 17).

El que obra por Cristo sabe que siempre hay uno que siembra y otro que recoge. No necesita interrogarse de continuo; confía al Señor todos los resultados y cumple serenamente su obligación, libre y contento de sentirse seguro en todo. Si hoy los sacerdotes se sienten muchas veces estresados, cansados y frustrados, es debido a una búsqueda exasperada de rendimiento. La fe se convierte en un pesado fardo que a duras penas se arrastra, cuando debería ser un ala por la que dejarse llevar.

De la íntima comunión con Cristo brota espontáneamente también la participación en su amor a los hombres, en su voluntad de salvarlos y de ayudarlos. Hoy muchos sacerdotes se preguntan vacilantes si llevar a los hombres a la fe puede hacerles verdaderamente bien o si, por el contrario, eso no hace más pesada su vida. Piensan que quizá será mejor dejarlos tranquilamente a merced de su incredulidad, pues parece que así es posible vivir con mayor facilidad. Cuando la fe es concebida de esta manera, sólo como un gravamen suplementario de la existencia, no puede dar satisfacción, como tampoco puede ser una tarea absolutamente satisfactoria servir a la fe. Pero el que ha descubierto íntimamente a Cristo y lo conoce directamente, descubre que sólo esta relación da sentido a todo lo demás y hace hermoso también lo que pesa. Sólo esta gozosa comunión con Cristo puede dar alegría también al servicio y hacerlo fructuoso.

El que ama quiere conocer. Por eso un auténtico amor a Cristo se manifiesta en la voluntad de conocerlo cada vez mejor y de conocer todo lo que le atañe. Si el amor de Cristo se hace necesariamente amor del hombre, quiere ello decir que la educación en Cristo debe incluir también la educación en las virtudes naturales del ser humano. Si amarlo significa aprender a conocerlo, quiere decir que la disponibilidad a un estudio serio y escrupuloso es un signo de la seriedad de la vocación y de una convencida búsqueda interior de su proximidad. La escuela de la fe es escuela de verdadera humanidad y es comprender con la razón de la fe. Puesto que Cristo no está nunca solo, sino que vino a reunir al mundo en su cuerpo, tenemos un componente más, a saber, el amor a la Iglesia; nosotros no buscamos un Cristo inventado por nosotros; sólo en la comunión verdadera con

la Iglesia encontramos al Cristo real. Y a la vez, en la disponibilidad a amar a la Iglesia, a vivir con ella y a servir en ella a Cristo se manifiesta la profundidad y la seriedad de la relación con el Señor.

Deseo concluir citando a san Gregorio Magno cuando describe el nexo sustancial al que nos hemos referido entre interioridad y servicio sirviéndose de las imágenes del Antiguo Testamento: «¿Qué otra cosa son los hombres santos sino ríos... que riegan la tierra reseca? Sin embargo... se secarían si... no volviesen al lugar del que han brotado. Pues si no se recogen en lo interior del corazón y no encadenan su anhelo al amor de Creador... la lengua se secaría. Pero del amor vuelven ellos de continuo a su intimidad, y lo que... dispensan al exterior, lo sacan de la fuente... del amor. Amando aprenden lo que anuncian enseñando».

La experiencia de *estar con Jesús*.

(de F. VARELA, *En medio del mundo*, Atenas 1997, 173-74)

Llamó a los que Él quiso... para que estuviesen con Él y para enviarlos a predicar, con el poder de expulsar demonios (Mc 3, 13-15). Como para los Doce la razón del ser de la vida sacerdotal es Jesús. Él llama y envía: *venid conmigo, seguidme*. Él es el Señor. Surge una relación determinante toda ella por la iniciativa de Jesús. Se le puede contestar o no; resistir o secundar. Pero este *estar con Jesús* es determinante. El P. Arrupe (*Sal Terrae* 66 (1978) 3-13) presenta la experiencia con las siguientes características:

- Se trata de una presencia de personas, de un acompañamiento continuo e incondicional. Los Doce habrán de liberarse de otros asuntos y obligaciones para ponerse enteramente a disposición del Señor.

- Es una experiencia de vida. *Venid y ved*. Experiencia de ver, de escuchar, de convivir, de compartir el pan y el trabajo, la doctrina y las confidencias, los aplausos y las críticas.